

10 AÑOS DEL PROGRAMA DE DOCTORADO EN PSICOTERAPIA¹

(Rev GPU 2017; 13; 3: 229-231)

Juan Pablo Jiménez

Muy buenas tardes:
La historia de estos 10 años del programa de doctorado en psicoterapia relata cómo el esfuerzo y los intereses personales se convierten en emprendimientos colectivos e institucionales.

Durante los años noventa del siglo pasado nos juntamos en Santiago un pequeño grupo de académicos formados como investigadores en psicoterapia en Alemania durante la década anterior. Traíamos nuevos conocimientos sobre una psicoterapia fundamentada científicamente, algo totalmente nuevo en Chile y Latinoamérica, aún dominada por las variadas ideologías psicoterapéuticas. Durante el siglo XX asistimos a lo que Kenneth Kendler ha denominado la “batalla de los paradigmas” en Psiquiatría y Psicología Clínica, entre distintas maneras de concebir el proceso de enfermarse y mejorarse mentalmente. El modelo biomédico predominante no contempla que la psicoterapia, como “cura por la palabra”, pueda modificar y mejorar condiciones patológicas ni que las personas puedan enfermarse por razones biográficas. Por cierto, la situación ha cambiado desde que en las últimas décadas las neurociencias han descubierto que la parte relevante del cerebro en la patogénesis de los trastornos mentales es, precisamente, “social”, es decir, solo se desarrolla cuando existen relaciones humanas tempranas satisfactorias; los desarrollos neurocientíficos recientes han abierto así el camino a la construcción de un paradigma integrado que

acepta tanto la causación “bottom up”, es decir, desde los niveles neuroquímicos hasta la conducta, como la causación “top down”, esto es, desde la conducta y el mundo simbólico hasta la expresión genética, campos explicativos considerados anteriormente como incommensurables. En los años 1990, el ambiente académico era entonces más bien hostil a la investigación en psicoterapia y había mucho desconocimiento en la materia. Nuestra primera labor, que ciertamente continúa hasta el día de hoy, ha sido diseminar conocimientos acerca de la efectividad y mecanismo de acción de los tratamientos psicoterapéuticos.

Durante mi estadía en la Universidad de Ulm, Alemania, tomé contacto con la amplia red internacional de investigadores en psicoterapia y entré en 1987 a formar parte de la Society for Psychotherapy Research. No sabía lo que aquello habría de significar posteriormente para nosotros. Al poco tiempo de llegar a Chile en 1990, Horst Kächele, quien fuera mi tutor en el doctorado, y Kenneth Howard, reconocido investigador de la Universidad Northwestern en Evanston, Illinois, y fundador en 1989, junto a David Orlinsky, de la Society for Psychotherapy Research, empezaron, primero a sugerir, después a presionarme, para que organizara el capítulo sudamericano de la SPR, algo que finalmente hicimos el año 1992 en Mendoza, junto a un entusiasta grupo de jóvenes profesionales chilenos y otros, no tan jóvenes, psicoanalistas argentinos y uruguayos, curiosos

¹ Casa Central Universidad de Chile, 28 de marzo de 2017.

por conocer esta nueva manera de crear conocimiento en psicoterapia. Durante dos años presidí ese capítulo y organizamos encuentros en Santiago donde presentamos nuestras primeras y precarias investigaciones. Estas actividades dieron fruto y se continuaron, bajo el liderazgo de Guillermo de la Parra, durante los años 1990. En ese periodo se nos unió Mariane Krause, quien nos introdujo en los métodos cualitativos de investigación psicológica y psicoterapéutica. Paralelamente, con psiquiatras que se nos unieron, entre los cuales destaco a Patricio Olivos y al recordado Lucho Tapia, formamos el comité de psicoterapia de la Sociedad de Neurología, Psiquiatría y Neurocirugía. De manera natural, de este nuevo grupo surgió la creación de los, hasta ahora exitosos, Congresos de Psicoterapia que se han realizado casi todos los años en Reñaca y que reúnen jóvenes terapeutas e investigadores en psicoterapia. Para estos congresos hemos contado regularmente con la enorme generosidad de renombrados investigadores de la SPR europeos y norteamericanos que nos han acompañado sin cobrar honorarios. Así fue como, a principio de los años 2000, caímos en la cuenta que no menos de 50 personas estaban comprometidas en proyectos de investigación en psicoterapia con financiamiento formal. Había llegado el momento de dar un salto cualitativo. Simultáneamente, en esos años las instituciones científicas y profesionales chilenas habían llegado a un consenso en relación con los requisitos para la práctica psicoterapéutica. La primera consecuencia de este consenso fue que la acreditación de programas de formación y la certificación de los psicoterapeutas debía ser obligatoria. Entonces los tiempos estaban maduros para un programa universitario de formación en investigación en psicoterapia.

El año 2004, durante un *coffee break* de un congreso de psicología en Santiago, discutí estas ideas con la profesora Mariane Krause y decidimos crear una asociación entre nuestras dos universidades, la Pontificia Universidad Católica de Chile y la Universidad de Chile, considerando que ambas universidades habían firmado recientemente un convenio de colaboración. Invitamos a unirse a la iniciativa a la profesora Laura Moncada, del Departamento de Psicología de la Universidad de Chile, y al Profesor Guillermo de la Parra, de la Facultad de Medicina de la Universidad Católica. Este grupo constituyó el primer comité del doctorado. Pero, en nuestra visión, nuestro programa debía ser, desde el principio, un programa internacional. Aprovechando relaciones hechas durante mi estadía en Alemania, contacté al profesor Manfred Cierpka, de la Facultad de Medicina de la Universidad de Heidelberg. Manfred ha sido un amigo cercano desde 1985, cuando llegué a Ulm con

una beca de la Fundación Alexander von Humboldt. Su reacción a nuestra propuesta fue entusiasta. Siguiendo la recomendación del profesor emérito Reiner Bastine, Mariane Krause contactó a la profesora Annette Kämmerer, del Instituto de Psicología de Heidelberg. Así, juntamos 3 universidades y 6 facultades en el mismo programa doctoral. Nuestros colegas alemanes introdujeron la idea de crear un *International Research Training Group*, algo que recién ahora, después de más de 10 años, está en vías de concretarse. También propusieron tener un tópico de trabajo común, la depresión, lo que ha marcado fuertemente nuestro desarrollo posterior como grupo de investigación. Finalmente, nos convencieron de adoptar una perspectiva transcultural como fundamento firme para desarrollar un programa colaborativo entre países tan distantes.

Pero esta historia tiene otro actor fundamental. En el año 2001 la Universidad de Heidelberg fundó en Santiago un centro de estudios superiores de posgrado, con el fin de organizar y administrar cursos y programas ofrecidos, sea por la misma Universidad de Heidelberg o en conjunto con nuestras dos universidades chilenas. El Heidelberg Center se transformó entonces en la plataforma ideal para la cooperación científica que necesitábamos para desarrollar nuestro programa doctoral.

No tengo tiempo para profundizar en los obstáculos que enfrentamos y en las dificultades que debimos superar para lograr la creación institucional del programa, cuya consolidación celebramos hoy. Debo decir, eso sí, que fue muy difícil y solo pudimos salir adelante gracias al trabajo apasionado, al compromiso personal y, debo decirlo, a los lazos de afecto que nos mantuvieron juntos en la tarea, a la fuerte amistad entre quienes encabezamos el programa, no solo entre nosotros acá en Chile, sino también con nuestros colegas alemanes. En este punto solo quiero decir que nuestro esfuerzo habría sido vano si no hubieramos contado con el apoyo decidido de las autoridades de nuestras instituciones. En esta ocasión quiero agradecer públicamente a quien en ese entonces fuera el Director de Posgrado de mi facultad, ahora decano, el profesor Manuel Kukuljan, a la Dra. Rosa Devés, que desde la Dirección de Posgrado de la Universidad de Chile estuvo siempre dispuesta a ayudarnos, compromiso que fue continuado por el profesor Daniel Wolff. Sin el apoyo de ellos, al menos por mi parte, creo que no habría perseverado en la tarea de crear un programa que en muchos sentidos ha sido pionero y, como tal, ha transgredido múltiples reglamentaciones y usos institucionales consuetudinarios.

Quiero terminar resumiendo la visión que orientó nuestros esfuerzos fundacionales:

1. Queríamos un programa doctoral que cumpliera con niveles de excelencia internacional donde nuestros alumnos se involucraran no solo en preguntas relevantes para el primer mundo, sino también en problemas de nuestra realidad latinoamericana.
2. Para lograr y mantener estándares internacionales, el currículo y la enseñanza debían estar apoyados por una red de investigadores y centros internacionales de investigación. Nuestro objetivo era construir y mantener una red de circulación de investigadores y de conocimiento.
3. Queríamos graduados que pudieran continuar su carrera académica en otras universidades chilenas y latinoamericanas, que fueran interesados en las políticas públicas en Salud Mental y que fueran capaces de conversar con las autoridades responsables de esas políticas.
4. La investigación moderna en psicoterapia es un campo interdisciplinario. Consecuentemente, el programa debía promover disertaciones en una variedad de temas que fueran desde la investigación en proceso y resultados en psicoterapia, hasta la investigación en relación temprana madre-bebé, neurociencias, psicósomática, psicología clínica y psiquiatría. Todo esto considerando las variaciones interculturales no solo con otros países, sino también en el interior de Chile como una sociedad multicultural.
5. Finalmente nuestro programa debía estar abierto a estudiantes venidos de toda Latinoamérica.

Aun cuando tengo la impresión de que la visión inicial se ha hecho realidad con creces, son otros los que deben juzgarlo, y, dentro de ello, y no en último lugar, la comisión de acreditación que próximamente debe evaluarnos. Partí estas palabras diciendo que este programa muestra cómo intereses particulares devienen en emprendimientos colectivos. Para mí es un motivo de profunda alegría comprobar, al acercarse el fin de mi carrera académica, que hemos contribuido a formar un grupo tan selecto de investigadores y académicos. Ellos justifican todos nuestros esfuerzos.

Muchas gracias a todos.